
¿HAY CHOQUE DE CIVILIZACIONES?

Una nueva forma de conflicto

Salustiano del Campo
Universidad Complutense de Madrid

El 11 de septiembre de 2001, a las 8:45 de la mañana, se estrelló un avión comercial contra la torre norte del World Trade Center de Nueva York; a las 9:05, otro contra la torre sur, y a las 9:43, un tercero contra el Pentágono, éste cuando ya se había cerrado, a las 9:43, por vez primera en la historia, el espacio aéreo de Estados Unidos. Finalmente, a las 10:10, un nuevo avión comercial cayó en las afueras de Pittsburgh (Pensilvania). Parte de estos sucesos fueron vistos en tiempo real por muchos millones de ciudadanos de todo el mundo a través de las principales cadenas de televisión.

AMENAZA CONTRA NUESTRA CIVILIZACIÓN

Así empezó, según bastantes expertos, el auténtico primer día del siglo XXI, sin que, aparte de los autores materiales, se haya podido todavía identificar con certeza al enemigo que planeó y dirigió estos ataques. Sin embargo, todo apunta a que guardan una fuerte conexión con el mundo islámico y, por eso, en su intervención dos meses más tarde ante Naciones Unidas, el presidente Bush los atribuyó al terrorismo y a la violencia ilegítima y señaló que «la civilización misma, nuestra civilización común, está amenazada». Además, fue contundente al manifestar que «en este mundo hay causas buenas y causas malas y es posible que estemos en desacuerdo acerca de dónde hay que trazar la línea. No

obstante, no existe un terrorista bueno. Ninguna aspiración nacional, ninguna injusticia pasada puede justificar jamás el asesinato deliberado de inocentes. Cualquier gobierno que rechace este principio y trate de escoger sus terroristas amigos conocerá las consecuencias»¹.

La verdad es que, a pesar del tiempo transcurrido, solamente se ha actuado contra Afganistán por dar cobijo a Osama ben Laden, que es el presunto responsable intelectual de los hechos criminales antes descritos y que ha amenazado explícitamente a Estados Unidos por la «feroz cruzada que ha emprendido contra el Islam». Se sospecha y habla de otros gobiernos también islámicos, pero hay buenas razones para opinar que el enemigo no es ningún Estado en concreto. Como ha afirmado el propio Ben Laden, «los que han llevado a cabo el asunto no eran 19 países árabes y no han sido ejércitos ni ministerios de países árabes que han ayudado a lo que ocurre en Palestina, sino 19 estudiantes de instituto de Secundaria; ellos han hecho que tiemble el trono de America y han golpeado a la fuerza militar más grande que existe en su propio corazón»².

Por otro lado, la afirmación de Bush acerca del riesgo que corre nuestra civilización ha dado origen a un gran caudal de opiniones cuyo *leitmotiv* se encuentra en la tesis de la reconfiguración del orden mundial a causa del inminente choque de civilizaciones, cuya paternidad corresponde a Samuel P. Huntington. Su conocida obra sobre este asunto se publicó en 1993 y se tradujo al español en 1997, y su proposición principal es que tras la guerra fría la fuente fundamental de conflictos en el mundo es cultural. Son las civilizaciones las llamadas a chocar unas con otras y las líneas divisorias entre ellas serán los frentes de batalla del futuro. Según él, las grandes civilizaciones contemporáneas son las siguientes: china, japonesa, india, islámica, occidental, latinoamericana y africana³. Sin embargo, la distancia entre ellas no es equivalente. En realidad, a medida que pasa el tiempo, Occidente se encuentra progresivamente más enfrentado con civilizaciones no occidentales que rechazan sus ideales más característicos: la democracia, los derechos humanos, la libertad, la soberanía de la ley y la separación de la Iglesia y el Estado.

En cuanto a la relación entre el Occidente cristiano y el mundo musulmán, Huntington ha hablado muy claro: «Algunos occidentales, entre los que se encuentra el ex presidente Bill Clinton, han sostenido que Occidente no tiene ningún problema con el Islam, sino tan sólo con los extremistas islámicos violentos. Mil cuatrocientos años de historia demuestran todo lo contrario. Las relaciones entre Islam y cristianismo, tanto ortodoxo como occidental, han sido siempre borrascosas. Para cada uno de ellos, la parte opuesta representaba siempre al otro. El conflicto surgido en el siglo XX entre democracia liberal y marxismo-leninismo no es más que un fenómeno histórico fugaz y superficial

¹ *El Mundo*, 11-11-2001.

² *El Mundo*, 28-12-2001.

³ Samuel HUNTINGTON: *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*, Paidós, Barcelona, 1997, pp. 50-54.

respecto a la antigua y fuertemente conflictiva relación entre Islam y cristianismo»⁴.

La tesis de Huntington, reiterada este mismo año en *Newsweek*, aunque se popularizó muy rápidamente, provocó fuertes reacciones en contra. Así, el influyente periodista del *International Herald Tribune* William Pfaff la considera simplemente como un intento de llenar el vacío conceptual dejado por el final de la guerra fría. Se trata de una construcción basada en la noción, bastante familiar para Occidente, de la existencia de tensión respecto de los mundos que se descubrieron y exploraron en los siglos XV y XVI. En este sentido, el choque de civilizaciones tiene ya seiscientos años. Ahora bien, a juicio de Pfaff, el error de Huntington está «en tratar las civilizaciones como entidades políticas», cuando son muchos y variables los motivos de conflicto entre Occidente y otros países. Klare, sin ir más lejos, ha hablado de una nueva geografía del conflicto basada en la creciente competitividad en cuanto al acceso a importantes reservas de petróleo y gas, a la asignación de aguas en determinados territorios y a la confrontación sobre materias primas exportables, como sucede precisamente en Asia Central⁵.

Lo peor del planteamiento de choque o guerra de civilizaciones es para Pfaff que, por ser una guerra cultural, es «inherentemente innegociable»⁶. Las guerras de civilizaciones, afirma, no se pueden ganar, salvo mediante el exterminio del contrario, y lo más grave de esta tesis no es que sea falsa, sino que «socava la proposición de que el diálogo intercultural es crucial», algo que había proclamado Garaudy.

OTROS FACTORES

De esta manera, si, a pesar de las declaraciones de Bush y Ben Laden ya recogidas, resulta difícil aceptar la tesis del choque de las civilizaciones y su aplicación en este caso, hay que buscar otros factores explicativos para apreciar facetas que escapan a la enorme simplificación de Huntington. Para algunos autores, entre los que sobresale Robert Cooper, el problema remite al surgimiento de un orden internacional nuevo que sucede a la era westfaliana, en el que se distinguen tres mundos diferentes: el premoderno, el moderno y el postmoderno⁷. Para otros, las causas hay que buscarlas en elementos tan distintos como la composición actual del Islam, la división del mundo entre países ricos y pobres, la existencia de determinados conflictos internacionales que se

⁴ *Ibidem*, p. 249.

⁵ Michael T. KLARE: «The New Geography of Conflict», *Foreign Affairs*, mayo-junio 2001, pp. 49-61.

⁶ William PFAFF: «Un réplica a la tesis del choque de civilizaciones», en S. DEL CAMPO, *Grandes temas de fin de siglo*, Cabildo de Gran Canaria e INCIPE, Las Palmas, 1999, p. 73.

⁷ Robert COOPER: «Is there a new world order?», en Geoff Mulgan (ed.), *Life after politics: New Thinking for the Twenty-first century*, Fontana Press, Londres, pp. 312-324.

resisten a ser erradicados (como el palestino-israelí), las dificultades omnipresentes del cambio modernizador y la naturaleza singular de la guerra que se ha emprendido.

Las versiones sobre lo que pasa en el interior del Islam nos revelan que es todo menos monolítico. Así, Escobar Stemmann distingue cuatro grandes corrientes: *a)* los grupos islamo-conservadores, seguramente los mayoritarios, cuyo modelo más conocido es el wahabí de Arabia Saudita, país defensor a ultranza de la ortodoxia; *b)* los grupos autoritarios-nacionalistas (nasseristas, baasistas, socialistas, etc.); *c)* los demócratas, presentes en la práctica totalidad de los Estados musulmanes, y *d)* los islamistas, que hacen una lectura política del Islam «con la que han elaborado una ideología que utiliza la religión con fines políticos, ya sea para reformar la sociedad o para acceder al poder»⁸. Esta clasificación pretende probar que el islamismo es solamente una de las manifestaciones políticas del Islam y que las interpretaciones en las sociedades musulmanas de las relaciones entre religión y política son diversas.

Otros autores descienden más al terreno de las direcciones puramente religiosas del Islam que producen consecuencias políticas y sociales. Eso hace el teólogo Sánchez Nogales, que identifica varias corrientes en el islamismo radical: el jomeinismo, el Frente Islámico de Salvación (FIS) de Argelia y sus grupos coaligados, el Partido para el Resurgimiento en Túnez, la Organización Justicia y Espiritualidad en Marruecos, el turábismo en Sudán y el movimiento de los talibanes afganos, «que representan el paradigma del islamismo más feroz, del terrorismo de Estado y de protector de terroristas»⁹.

El ataque terrorista a la zona cero de Nueva York es universalmente condenado, salvo contadísimas excepciones, pero aunque su vinculación con el islamismo en su conjunto es bastante discutible, no lo es con algunas corrientes específicas y, en general, la mezcla de terrorismo y opresión es en todas partes potencialmente explosiva, y así lo pone de manifiesto la situación de las minorías islámicas en Europa, que, por virtud de la emigración, se ha convertido en un continente clave en esta cuestión. Solamente en Francia, Alemania, Gran Bretaña e Italia residen más de once millones de musulmanes, que están experimentando *in situ* las presiones de la modernidad y recogiendo también los frutos de la incompreensión entre mentalidades diferentes, mientras que, por otra parte, en nuestro país se ha descubierto una conexión importante con Al Qaeda.

Aparte de la cuestión religiosa, sin embargo, es preciso señalar la coincidencia global entre Islam y subdesarrollo. En conjunto, los países pobres reprochan a menudo a los ricos que no cumplen sus promesas, precisamente

⁸ Juan José ESCOBAR STEMMANN: «Las múltiples caras del Islam», *Política Exterior*, noviembre-diciembre 2001, pp. 202-212.

⁹ José Luis SÁNCHEZ NOGALES: «¿De qué Islam hablamos?, en *Entre la secularización y el fundamentalismo*, Especial cuadernillo central *Interceu*, 73, enero 2002. El inevitable F. Fukuyama habla del islamo-fascismo como el antagonista de Estados Unidos en este caso. Ver «Their Target: The Modern World», *Newsweek*, Especial Davos, diciembre 2001-febrero 2002.

cuando «si el mundo, especialmente Estados Unidos y otros países ricos, destinara una pequeña cantidad de su gasto militar a las personas más pobres del mundo, nuestra generación podría liberar a la humanidad del férreo dominio de la pobreza»¹⁰.

Es bien sabido que el Islam fue entre los siglos VII y XII el territorio más floreciente, cultural y económicamente, del mundo de entonces. Desde allí se irradió a todo Occidente la cultura griega y helenística y se aportaron descubrimientos y adelantos sin los que la posterior revolución científica del siglo XVII no hubiera sido posible. No obstante, carencias fundamentales suyas, como el carbón, le imposibilitaron incorporarse a la Primera Revolución Industrial (1765-1885), mientras que, a pesar de disponer algunos países árabes de abundante petróleo, una serie compleja de causas tampoco le han permitido salir del subdesarrollo. Hoy siguen sumidos en él, aunque con diferencias, los 56 países de mayoría musulmana, que abarcan un territorio de más de 15 millones de kilómetros cuadrados y una población de más de 1.000 millones de habitantes.

Tal vez la asimilación de las tecnologías de la información pueda servir en el futuro para modernizar estos países, aunque para ello se necesitará que alteren sus actuales pautas de organización política y económica y que descarten no pocos prejuicios de índole cultural, si bien no cabe olvidar que a menudo las diferencias culturales son efectos, más que causas, de las diferencias en el desarrollo económico. En todo el mundo las culturas han tenido que adaptarse a los cambios traídos por la tecnología y el desarrollo, aunque el proceso haya avanzado de modo desigual según los países y las tecnologías. Pero no solamente eso, ha habido que aceptar principios como la democracia y la igualdad de hombres y mujeres, que en Occidente han necesitado largos períodos de consolidación. En el propio mundo musulmán las diferencias en estos aspectos son bastante grandes entre unos países y otros. Mientras que en Yemen las mujeres superan la media de siete hijos y en Arabia Saudita la de seis, en Túnez solamente tienen 2,3.

Sin duda, la clave del mundo que viene está en la tecnología de la información, pero es preciso recordar la trascendencia de la gran revolución que se está produciendo en el campo militar, que se basa justamente en la aplicación de esta tecnología al armamento y se concreta en tres avances: la recogida de información, la inteligencia, que se consigue mediante nuevos aparatos: sensores, aviones no tripulados y otros inventos; el procesamiento de esta información y la utilización de esta información, que permite golpes muy ajustados a grandes distancias. Lo que todo esto significa es que las guerras del futuro no van a ser largas, porque golpear primero será casi decisivo, y que tampoco van a ocupar demasiado terreno. En realidad, ya no son necesarios los grandes ejércitos nacionales posteriores a la Revolución Francesa y continuará la tendencia a despoblar los campos de batalla y a que desaparezcan las trincheras. Según

¹⁰ Jeffrey SACHS: «Los ricos deberían cumplir su palabra», *EP*, 3-3-2002.

The Economist, las armas para estas guerras pueden ser virus informáticos, pulsadores electromagnéticos, focos microondas y proyectiles capaces de alcanzar satélites¹¹.

Por otro lado, la mayor parte de los conflictos van a asumir las formas de guerras de guerrillas, choques entre etnias y terrorismo, y éste es otro cambio militar que parece destinado a perdurar. No estamos entrando en una época de lucha entre Estados con ejércitos muy numerosos, pero lo que da la superioridad, que es la tecnología aplicada al armamento, puede anularse, o mejor copiarse, como sucede con todas las tecnologías. Será una guerra protagonizada por especialistas, pero su punto flaco será la generación y el mantenimiento de un espíritu militar que exige arraigo cultural, a la vez que el mando tiene necesariamente que contar con cualificaciones ajenas a las propias del oficio militar clásico. Y aquí se aprecia cómo el elemento de la motivación puede convertirse en un activo importante favorable a los terroristas y a otros actores similares.

UN ESTADO CONTRA UNA RED

En Europa, después de 1648 se constituyeron los Estados absolutos, que simbolizaban en la soberanía la institucionalización plena del poder, de modo que el orden internacional quedó formado por ellos como sujetos únicos, formalmente iguales y capaces de guerrear, coaligarse y firmar tratados de paz. El principio real de este orden fue el equilibrio de poderes, y lo siguió siendo cuando los Estados se transformaron en constitucionales, conservando la titularidad y el ejercicio del poder todavía supremo, aunque limitado ya por los derechos de los ciudadanos y las leyes que los declaran y protegen.

En cualquiera de sus tipos, sin embargo, el Estado moderno supone el máximo grado de institucionalización posible y cuando, en el siglo XX, llega el momento de las Guerras Mundiales se aprecia la necesidad de institucionalizar también la vida internacional multilateral más allá de las viejas ligas, alianzas y coaliciones. Así sucede sobre todo después de la II Guerra Mundial, cuando, superando el precedente de la Sociedad de Naciones, se crea Naciones Unidas y su familia de organizaciones que están todas destinadas a evitar las guerras y a satisfacer las necesidades de los individuos y los intereses de los Estados. Ante este desarrollo, la Sociología, en tanto que ciencia de la convivencia, centra su objeto de estudio en los órdenes institucionales y en las grandes organizaciones, tanto nacionales como internacionales, y relega otros contenidos en los que había insistido previamente.

Pese a lo evidente del caso, no ha recibido suficiente atención, sin embargo, el hecho de que en las dos últimas décadas, y sobre todo a partir de la caída del muro de Berlín, lo que comenzó siendo un proceso de desinstitutionali-

¹¹ 8 de marzo de 1997, p. 22.

zación en el ámbito privado (diversidad de formas de familia, pérdida de autoridad personal, igualitarismo universal, etc.) se ha extendido a los Estados y a las organizaciones internacionales. Es verdad que en el mismo período se ha puesto en marcha la construcción de la Unión Europea, pero no lo es menos que ésta choca con considerables obstáculos y que coincide temporalmente con la decadencia de Naciones Unidas y hasta con el descrédito casi total de algunas de sus organizaciones como la UNESCO, lo cual quiere decir que los Estados ya no mandan como solían hacerlo.

Más recientemente la cuestión se hace más compleja porque poco a poco vamos dejando de saber quién manda realmente. Las organizaciones verticales y jerarquizadas de las instituciones políticas y empresariales van siendo sustituidas por otras horizontales en las que, al modo postmoderno, el centro ya no existe y los poderes se invisibilizan poco a poco.

A esta nueva forma de organización se la denomina red y, según el ámbito en el que se desarrolle, puede comprender empresas y organizaciones con objetivos lícitos o ilícitos. Entre los primeros se cuentan las alianzas estratégicas empresariales y entre los segundos las redes de narcotraficantes y las terroristas. El 11-S, cuando una red terrorista internacional atacó a un Estado —Al Qaeda contra Estados Unidos—, comenzó un conflicto bélico sin precedentes en la historia humana. El poder legítimo basado en la soberanía y en el territorio se enfrentó con una organización múltiple y dispersa en el espacio, que aparece y reaparece y con la que difícilmente se puede firmar un acuerdo de paz. De este modo, a la confrontación bilateral entre dos superpotencias característica de la guerra fría le ha sucedido otra entre un Estado y una red. Es decir, una guerra asimétrica.

Esta realidad no se puede negar, aunque tampoco se puede predecir si va a ser la pauta del futuro. Se asemeja más al segundo trabajo de Hércules, que consistía en matar a la Hidra de Lerna, que vivía en una ciénaga y tenía nueve cabezas que se duplicaban al ser cortadas, que a lograr la rendición incondicional de un enemigo simétrico. Algo así es lo que intuye Javier Pérez de Cuéllar cuando afirma que «el combate contra el terrorismo es una guerra contra sombras».

Ulrich Beck observa que el terrorismo se ha transformado en una amenaza de activistas sin Estado contra los Estados, desafiando su organización estatal. Los grupos terroristas estructurados en red se han convertido así en nuevos actores globales que compiten con los Estados nacionales y que en cierto modo actúan como organizaciones no gubernamentales (ONG), descentralizadas y sin territorio propio. Se ha pasado de este modo a una «individualización» de la guerra, en la que no luchan Estados contra Estados, sino que guerrearán contra uno o más Estados individuos integrados en redes que comparten ciertos rasgos comunes.

Si a lo anterior se une el desarrollo de la tecnología basada en conocimientos que pueden transmitirse sin grandes dificultades, impidiendo el establecimiento de monopolios o controles estatales de la violencia, se abre la caja de

Pandora del poder de los individuos y grupos contra el Estado, que puede conducirnos a la muerte de la democracia. No estamos, pues, actualmente ante un choque de civilizaciones basado en la oposición etnocéntrica entre Occidente y los otros, ni tampoco ante uno entre los pobres del mundo y el capitalismo mundial. Como escribe Manuel Castells, «estamos ante una guerra definida en términos más precisos: es la guerra de las redes fundamentalistas islámicas terroristas contra las instituciones políticas y económicas de los países ricos y poderosos, en particular de los Estados Unidos, pero también de Europa Occidental»¹².

El problema principal es cómo se puede atacar y vencer a una red. A esta pregunta Castells responde con tres acciones: la desarticulación de la red, la prevención de la reconfiguración de la red y la evitación de la reproducción de la red. Ahora estamos en la primera fase, pero la contienda no se presenta corta ni fácil y en su transcurso se necesita la concurrencia de múltiples aliados y también que se pongan las bases sociales, económicas, culturales e institucionales para impedir su reproducción. Ante la imposibilidad de identificar un enemigo concreto, no hay otro remedio que reformar en profundidad nuestro mundo, superando tanto la exclusión social como la opresión de las identidades.

Y no hay que olvidar que todo lo anterior sucede en medio de un proceso de globalización en el cual «se están tomando decisiones vitales para todos en contextos y en reuniones fuera del control de los ciudadanos». A todas las demás crisis se añade, así, una de representatividad, que se manifiesta en que las dos terceras partes de los ciudadanos del mundo (incluidos los de las democracias occidentales) piensan que sus gobernantes no les representan.

OBSERVACIONES FINALES

Pero no quiero terminar sin referirme a una posibilidad estremecedora que se abre con los acontecimientos del 11-S. La democracia ha sido atacada desde el exterior por una red de fanáticos islamistas y se ha contestado ya con una acción contundente contra el Estado que con más claridad la ha amparado. No obstante, aunque el peligro de un nuevo ataque subsiste y la alerta del pueblo norteamericano está justificada, la respuesta ha de ser medida para no incurrir en excesos que dañen la propia democracia que se quiere defender. La USA Patriot Act podría suponer un paso en esa dirección al poner en manos del presidente las principales atribuciones del Congreso y del Senado en materia de seguridad y otros sectores. Si, como el vicepresidente Richard Cheney ha advertido, la lucha antiterrorista puede durar cuarenta o más años, la democracia podría corroerse, si no destruirse, desde dentro del mundo democrático.

Por desgracia, no faltan indicios de que la indignación exacerbada y la rea-

¹² Manuel CASTELLS: «La guerra red», *El País*, 18-9-2001.

lidad de la amenaza podrían producir algo parecido a lo que el sociólogo Harold Lasswell predijo hace más de sesenta años. Leer a la vista de lo sucedido su importante trabajo sobre «el Estado Guarnición»¹³ suscita algunas consideraciones ambivalentes. Por una parte, la intuición de la gran parte de verdad que hay en su pronóstico y, por otra, su plena incapacidad de vislumbrar desde el tiempo en el que escribía las consecuencias de un ataque terrorista al corazón mismo de Estados Unidos. Sería imprescindible hacer hoy una aplicación de su tesis a estos supuestos, a la manera como intentó hacerlo a los de la guerra fría, con resultados negativos, nada menos que Raymond Aron¹⁴:

El Estado Guarnición se define como aquel en el que los especialistas de la violencia constituyen el grupo más poderoso de la sociedad, pero a su vez éstos habrán adquirido como parte de su preparación una buena cantidad de conocimientos que tradicionalmente se han considerado propios de los gestores civiles. «Lo cual —escribe— conduce a la aparente paradoja de que a medida que los Estados modernos se militarizan, los especialistas en violencia se preocupan más por los conocimientos y las actitudes características de la no violencia»¹⁵.

Que no fuera capaz de anticipar en su día una acción terrorista de tanta envergadura como la del 11-S llevaba a Lasswell a suponer que el Estado Guarnición era algo lejano para la sociedad norteamericana, en la cual parecía entonces, como durante la guerra fría, prácticamente imposible la «socialización del peligro». Nunca Estados Unidos había sido atacado dentro de sus fronteras y, cuando este hecho se ha producido en 2001, el temor se ha adueñado de la población. Para entender una de las vías por las que desde este punto se puede marchar hacia el futuro bajo el dominio del terror, el sociólogo actual haría bien releyendo su clásico estudio y, sobre todo, siguiendo el consejo que dio a los científicos que, llegado el caso, deseen defender la dignidad humana, que hago mío reproduciéndolo: «Si el Estado Guarnición se hiciera inevitable, el demócrata debería esforzarse porque se conserven en el marco de la nueva sociedad tantos valores democráticos como se pueda»¹⁶.

¹³ Harold D. LASSWELL: «The Garrison State», *American Journal of Sociology*, núm. 46, 1941.

¹⁴ Raymond ARON: «Remarks on Lasswell's "The Garrison State"», *Armed Forces and Society*, núm. 5, 1979.

¹⁵ H. LASSWELL: *op. cit.*, p. 458.

¹⁶ *Ibidem*, p. 467.